

TERCER DOMINGO DE PASCUA

La semana pasada reflexionamos sobre cómo Cristo resucitado se encuentra con nosotros en nuestro miedo, entrando en las salas cerradas de nuestras vidas y dándonos paz. Esta semana, el recorrido de la Pascua sigue, recordándonos que la recuperación no se desarrolla en el aislamiento. Después de encontrar la misericordia, empezamos a caminar de forma diferente, y no estamos destinados a caminar solos.

Muchos de nosotros recordamos momentos en los que amar a alguien que luchaba contra la adicción o contra conductas destructivas nos dejó desanimados, confundidos o emocionalmente desgastados. Quizá esperábamos que las cosas mejoraran rápidamente, que llegara la claridad o que nuestros esfuerzos finalmente trajeran cambios. Cuando esas expectativas no se cumplieron, nos quedamos tratando de encontrarle sentido a la decepción. En esos momentos puede ser tentador retirarse, dejarse abrumar por la preocupación o volver a patrones de control o funcionamiento excesivo.

El Evangelio de este domingo narra la historia de dos discípulos que, después de la crucifixión, se alejan de Jerusalén y van hacia Emaús (Lucas 24:13-32). Mientras caminan, se nos narra que *“Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron.”* No están celebrando la resurrección, sino que están tratando de entender lo que parece como una pérdida.

Esta experiencia puede resonar profundamente en quienes se ven afectados por la adicción de un ser querido. Puede ser que hayamos depositado nuestra esperanza en un determinado resultado, solo para encontrarnos de nuevo ante la incertidumbre. Como los discípulos, podemos encontrarnos avanzando físicamente, pero cargando emocionalmente con decepción o confusión.

Mientras caminan, Jesús les pregunta: *“¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”* y entonces se detienen con una mirada decaída. Él les invita a hablar abiertamente sobre lo que están viviendo. En nuestra propia recuperación, este es un paso

importante. La sanación suele iniciar cuando somos honestos sobre nuestros pensamientos, miedos y frustraciones. En lugar de cargar todo nosotros solos, se nos invita a compartir con otras personas que sí comprenden.

Jesús no arregla su situación de inmediato. En cambio, camina con ellos y amablemente les ayuda a ver las cosas de manera diferente. Se nos cuenta que *“comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.”* De forma semejante, la recuperación para familiares y amigos, frecuentemente se desarrolla por medio del acompañamiento. Un padrino, madrina, una junta o una voz de quien confiamos, puede ayudarnos a reconocer conductas que no podíamos ver por nuestra cuenta. Ellos no cambian el comportamiento de nuestro ser amado, pero nos ayudan a cambiar la manera en cómo respondemos.

Con el tiempo, algo comienza a cambiar. Los discípulos reflexionan más tarde: *“¿Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”* El crecimiento en la recuperación suele ocurrir de forma gradual. Puede que no lo notemos en el momento, pero a medida que seguimos estando presentes, empezamos a experimentar mayor claridad, paz y libertad.

El momento clave llega cuando se sientan a la mesa. Jesús *“tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron.”* Para nosotros, esto nos recuerda que la claridad muchas veces surge de las relaciones. A medida que seguimos conectados con Dios y con los demás, empezamos a ver más claramente.

Uno de los cambios más importantes en este camino es cuando pasamos del control a la confianza. Donde antes intentábamos manejar los resultados, ahora empezamos a confiarlos a Dios. Donde antes estábamos aislados, ahora empezamos a conectar. Donde antes llevábamos todo solos, ahora empezamos a compartir la carga.

Los discípulos regresan a Jerusalén para compartir lo que han vivido. De la misma manera, nuestra sanación puede convertirse

en una fuente de esperanza para los demás. Empezamos a caminar junto a los demás, no para componerlos, sino para apoyarlos.

La Pascua nos recuerda que Cristo camina junto a nosotros, incluso cuando no le reconocemos. Mientras continuamos este recorrido, estamos llamados a mantenernos abiertos: a la conversación, al apoyo y a las formas silenciosas en que Dios nos guía hacia la paz.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿En qué momentos has notado que cargas con decepciones o que intentas comprender una situación difícil con un ser querido?

■ ¿Qué entiendes por compartir tu experiencia con honestidad en lugar de cargarla por tu cuenta?

■ ¿Cómo se te invita en esta etapa de tu recuperación a pasar del control a la confianza?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:14, 22-33

SAL. RESP. Salmo 16:1-2, 5, 7-8, 9-10, 11

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:17-21

EVANGELIO Lucas 24:13-35